

CONTRA EL COPYRIGHT

Títulos originales: “*The Right to Read*”, “*Copyleft e maremoto*”, “*Il copyleft spiegato ai bambini*”, “*The Digital Future*”.

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2008
Progreso 207-201, Col. Escandón
México, 11800, D.F.
contacto@tumbonaediciones.com
<http://www.tumbonaediciones.com>
<http://tumbona.blogspot.com>

ISBN: 978-607-7534-06-8
Impreso en México.
Printed in Mexico.

Copyright © 1996 Richard Stallman
Copyright © 2002 y 2003 Wu Ming 1
Copyright © 2003 César Rendueles
Copyright © 2005 Kembrew McLeod

D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Impreso por Gráfico Gold, S.A. de C.V.

Se permite la copia, ya sea de uno o más artículos completos de esta obra —excepto cuando se indique lo contrario— o del conjunto de la edición, en cualquier formato, siempre y cuando no se haga con fines de lucro, no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Para la realización de este proyecto se recibió el apoyo económico del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales, en el año 2007.

VERSUS | ROUND 10

RICHARD STALLMAN / WU MING
CÉSAR RENDUELES / KEMBREW McLEOD

— **CONTRA** —

EL COPYRIGHT



**COLECCIÓN
VERSUS**

ÍNDICE

EL DERECHO A LA LECTURA Richard Stallman	9
COPYRIGHT Y MAREMOTO Wu Ming 1	23
EL COPYLEFT EXPLICADO A LOS NIÑOS Wu Ming 1	35
COPIAR, ROBAR, MANDAR César Rendueles	45
EL FUTURO DIGITAL Y EL PASADO ANALÓGICO Kembrew McLeod	71
GLOSARIO BÁSICO	99

EL DERECHO A LA LECTURA

RICHARD STALLMAN

Tomado de *El camino a Tycho*, una colección de artículos sobre los antecedentes de la Revolución Lunar, publicado en *Luna City* en 2096.

Para Dan Halbert el camino a Tycho comenzó en la universidad, cuando Lissa Lenz le pidió prestada su computadora. La suya se había estropeado y a menos de que pudiera usar otra reprobaría su proyecto de fin de semestre. No había nadie a quien se atreviera a pedirselo, excepto a Dan.

Esto situó a Dan ante un dilema. Debía ayudarle, pero si le prestaba su computadora ella podría leer sus libros. Dejando de lado el riesgo de ir a la cárcel durante muchos años por consentir que otra persona los leyera, la simple idea lo sorprendió al principio. Como a todo el mundo, se le había enseñado desde la escuela primaria que compar-

tir libros era algo equivocado y desagradable, algo que sólo haría un pirata.

Además, era muy probable que la Autoridad de Protección del Software (Software Protection Authority, SPA) los descubriera. En sus clases de programación Dan había aprendido que cada libro tenía un control de copyright que informaba a la oficina central de licencias acerca de cuándo y dónde y por quién había sido leído (usaban esa información para capturar a los piratas, pero también para vender perfiles de intereses personales a otras compañías). La próxima vez que su computadora se conectara a la red, la oficina central de licencias sería notificada. Él, como propietario de la computadora, recibiría el castigo más severo, puesto que no había tomado las medidas adecuadas para prevenir el delito.

Por supuesto, Lissa no necesariamente querría leer sus libros. Probablemente lo único que necesitaba era escribir su proyecto. Pero Dan sabía que ella provenía de una familia de clase media que a duras penas se podía permitir pagar la colegiatura y ya ni se diga cubrir las cuotas de lectura. Tal vez leer los libros de Dan era su única forma de terminar la carrera. Entendía la situación; él mismo se había visto en la necesidad de pedir un préstamo para pagar por los artículos de investigación que leía

(el 10% de los ingresos por ese concepto iba a parar a los autores, y como Dan pretendía hacer carrera en la universidad, esperaba que sus artículos de investigación, en caso de ser citados frecuentemente, le dieran beneficios suficientes para pagar el crédito).

Tiempo después Dan descubriría que hubo una época en la que todo el mundo podía ir a una biblioteca y leer artículos de revistas especializadas —incluso libros— sin tener que pagar ni un centavo. Había estudiantes que podían leer miles de páginas sin necesidad de becas gubernamentales para la lectura. Pero desde los años noventa del siglo xx, tanto las editoriales comerciales como las no comerciales habían empezado a cobrar cuotas por el acceso a sus publicaciones. Para el 2047, las bibliotecas de acceso público eran ya sólo un recuerdo lejano.

Naturalmente, había formas de evitar los controles de la SPA y la oficina central de licencias, pero también eran ilegales. Dan había tenido un compañero en la clase de programación, Frank Martucci, que había conseguido un parche informático, una herramienta ilegal para saltarse el control de copyright de los libros. Pero se lo contó a demasiados amigos y uno de ellos lo denunció a la SPA a cambio de una recompensa (los estudiantes muy en-

deudados eran presas fáciles de la tentación, de modo que traicionaban a sus amigos). En 2047 Frank había ido a parar tras las rejas; no por pirateo de la lectura, sino por poseer un parche.

Dan supo más tarde que hubo un tiempo en que cualquiera podía tener una herramienta de las denominadas parches. Incluso se podía disponer de ellas libremente en la red. Pero los usuarios normales empezaron a utilizarlas para saltarse los controles de copyright, y finalmente un juez dictaminó que este era su uso práctico más extendido. El dictamen equivalía a decir que los parches eran ilegales, de modo que los programadores que los habían desarrollado fueron a dar a la cárcel.

Obviamente, los programadores siguieron necesitando parches, pero en el 2047 sólo había copias numeradas de parches comerciales, y estaban disponibles únicamente para programadores oficiales autorizados, que hubieran depositado la fianza preceptiva con la que cubrían posibles responsabilidades penales. El parche que Dan había usado en sus clases de programación estaba protegido para que sólo pudiera ser utilizado en los ejercicios de clase.

También era factible saltarse el control de copyright instalando un núcleo (*kernel*) del sistema modificado.

Dan llegó a saber que hacia fines del siglo pasado había habido núcleos libres, incluso sistemas operativos completos libres. Pero ahora no sólo eran ilegales, como los parches, sino que era imposible instalarlos sin saber la contraseña del superusuario de la computadora, cosa que ni el FBI ni el servicio técnico de Microsoft te proporcionarían nunca.

Dan llegó a la conclusión de que simplemente no podía prestarle su computadora a Lissa. Pero tampoco podía negarse a ayudarla, pues estaba enamorado de ella. Cada oportunidad de hablar con Lissa era para él algo maravilloso. Y el hecho de que lo hubiera elegido para pedir ayuda podía significar que ella sentía lo mismo.

Dan resolvió el dilema de la forma más increíble: le prestó su computadora y le dio su clave. De esta forma, si Lissa leía sus libros, la oficina central de licencias pensaría que quien estaba leyendo era él. Desde luego seguía siendo un delito, pero la SPA no lo detectaría automáticamente. Sólo podrían darse cuenta si Lissa lo denunciaba.

Si la universidad llegaba a enterarse de que le había proporcionado su clave a Lissa sería el fin para ambos: significaría su expulsión, independientemente de para qué hubiera sido usada. La política de la universidad era clara: cualquier interferencia con sus métodos de con-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

